

Repensando las olas del Feminismo. Una aproximación teórica a la metáfora de las “olas”

Carmen Garrido-Rodríguez¹

Recibido: Junio 2020 / Revisado: Noviembre 2020 / Aceptado: Marzo 2021

Resumen. Introducción. Desde 1968, cuando se habló por primera vez del término «ola» dentro del movimiento feminista, se ha venido aceptando que la historia del feminismo se clasifica en una serie de etapas denominadas olas. Durante los últimos años, están aumentando las críticas a esta metáfora, por considerarse artificial, por la homogeneidad con la que presenta al movimiento feminista, por el oscurecimiento de la realidad o por su carácter etnocéntrico. **Objetivos.** En base a esto, el objetivo del presente artículo es proponer una discusión teórica partiendo de la literatura de los movimientos sociales, sobre cada una de ellas y esclarecer las posibles dudas que puedan surgir alrededor de este concepto. **Metodología.** El presente trabajo se basa en una revisión bibliográfica sobre el debate alrededor del uso de la metáfora de las olas en el seno del movimiento feminista para ponerlo en diálogo con la literatura de los movimientos sociales. Con este enfoque, se pretende llegar a un correcto uso y entendimiento de la metáfora de las olas en el seno del movimiento feminista, partiendo del concepto de «ciclo de protesta», que nos ayudará a comprender cómo la metáfora de las olas no es exclusiva del feminismo. Asimismo, se realiza un repaso por las cuatro olas que caracterizan al movimiento feminista, que ayudarán a un mayor entendimiento de la teoría que se presenta. Finalmente, se recogen algunas de las alternativas que se encuentran en la literatura a la idea de las olas, como pueden ser hablar de proceso, generación o presentar al feminismo como un caleidoscopio; repasando las ventajas que las mismas podrían aportar. **Resultados y conclusiones.** Este enfoque de la metáfora de las olas en el feminismo nos lleva a ver que, si bien es cierto que puede presentar ambigüedades y confusiones, un correcto entendimiento de esta supone una gran herramienta analítica.

Palabras clave: movimiento feminista; feminismo; movimientos sociales; teoría feminista; estudios de mujeres; feministas.

[en] Rethinking waves of Feminism. A theoretical approach to “waves” metaphor

Abstract. Introduction. Since 1968, when the term «wave» was used for the first time within the feminist movement, it has been accepted that the history of feminism is classified into a series of stages called waves. In recent years, criticisms of this metaphor have become increasingly numerous. It is considered as artificial, it presents the feminist movement as a homogeneous movement, it obscures the reality, and it has an ethnocentric character. **Objectives.** Based on these criticisms, the objective of this article is to propose a theoretical discussion, starting from the theory of social movements, on each one of them and clarify the possible doubts that may arise around this concept. **Methodology.** The present work is based on a bibliographic review on the debate around the use of the waves’ metaphor within the feminist movement and discuss it with social movements literature. With this approach, it is intended to reach a correct use and understanding of the waves within the feminist movement. Reviewing the concept of «cycle of protest» used in the theory of social movements, which will help us understand how the wave metaphor is not used only within feminism. Likewise, a review of the four waves that characterize the feminist movement will be made, providing a better understanding of later theory. Finally, some of the alternatives found in the literature will be presented, such as process, generation or presenting feminism as a kaleidoscope; reviewing the advantages that they could bring. **Results and conclusions.** This approach to the wave metaphor within the feminist movement leads to understand how, although this idea may present ambiguities and confusions, a correct interpretation of it brings a great analytical tool.

Keywords: feminist movement; feminism; social movements; feminist theory; women’s studies; feminists.

Sumario. 1. Introducción. 2. Las olas o ciclos de protesta. Una revisión a la teoría de los movimientos sociales. 3. La metáfora de las olas en el seno del Movimiento Feminista. 3.1. La primera ola feminista. 3.2. La segunda ola. 3.3. La tercera ola del feminismo. 3.4. ¿Cuarta ola?. 4. La metáfora de las «olas», ¿útil para el feminismo?. 5. Algunas alternativas. 6. Conclusiones. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Garrido-Rodríguez, C. (2021). Repensando las olas del Feminismo. Una aproximación teórica a la metáfora de las “olas”, en *Revista de Investigaciones Feministas* 12(2), 483-492.

¹ Universidad de Salamanca, España.
carmengr@usal.es
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8085-2307>

1. Introducción

Si hablamos de la historia del feminismo o del movimiento feminista, inevitablemente nos viene a la cabeza su clasificación en olas. Si bien es cierto que las primeras feministas no hablaban de ellas mismas como “feministas de la primera ola”, ya que hasta 1968 en un artículo publicado por Martha Weinman Lear en el *New York Times*, no encontramos referencia al término de las olas dentro del feminismo. Tres años más tarde, Kate Millet haría las siguientes declaraciones dejando claro que algo estaba pasando dentro del movimiento feminista (Reverter, 2010):

“...That the first wave of feminism in the early twentieth century, which lost much of its force with the achievement of women's right to vote, was reborn as a second wave of feminist action in the early 1960s” (Millet, 1971)².

Kate Millett ya hablaba en los años setenta de una segunda ola, pudiendo hablar, actualmente, tal y como defiende gran parte de la academia, de una cuarta ola (podemos encontrar en este sentido el trabajo de algunas autoras como Justa Montero, Nuria Varela, Rosa Cobo, Judith Muñoz Saavedra, o Kira Cochrane, entre otras). Ahora bien, la evolución del movimiento feminista, su interacción con otras desigualdades, y la idea de que no existe un tipo homogéneo de mujer están llevando a poner en duda también esta clasificación en olas.

Es aquí donde surge la gran paradoja actual, mientras que gran parte de la academia está hablando ya de una cuarta ola feminista, no son pocas las pensadoras que se han parado a reflexionar sobre el uso de esta metáfora y su adecuación o no a la historia del feminismo. Lidia Nicholson (2010) fue la encargada de poner este debate sobre la mesa mediante la publicación de un artículo que llevaba por título “*Feminism in «Waves»: Useful Metaphor or Not?*” en el que criticaba la clasificación del feminismo en olas. No obstante, no son muchos los espacios de reflexión que se han creado en torno a este debate, encontrando la mayoría de los argumentos inmersos en discusiones mayores, más que en un debate como tal sobre el tema.

Las principales críticas en torno al uso de esta metáfora se centran en argumentos como su carácter artificial, la sensación de homogeneidad del movimiento que crea (estando tal homogeneidad muy lejos de la realidad), o su etnocentrismo. En el presente artículo nos vamos a centrar en estudiar más detalladamente todas estas críticas con la intención de dar respuesta a las mismas puesto que, si bien a priori esta clasificación en olas de un movimiento que goza de siglos de vida y que presenta unas características propias en función de cada contexto puede parecer demasiado simplista, supone una buena herramienta analítica.

En todo caso, y antes de entrar en debate, hay que tener en cuenta que la división en olas no es algo propio del feminismo en exclusiva como algunas autoras argumentan, si bien el feminismo es el caso paradigmático y de referencia cuando se habla de las olas de un movimiento social. Los teóricos de los movimientos sociales, desde Tarrow (1994), pasando por Della Porta y Diani (2006, 2015), vienen hablando ya de una división en olas o «ciclo de protesta» para hacer referencia a la idea de que los movimientos sociales no se mantienen estables y estáticos durante el tiempo, sino que sus estrategias, resultado de una interacción entre diversos actores, van cambiando a lo largo del tiempo. Por lo tanto, si bien el feminismo supone la máxima expresión de esta división en olas, no es algo exclusivo de este movimiento.

A pesar de estas críticas, también hay autoras que se decantan por el uso de esta metáfora:

“La historia del feminismo se estructura en olas, quizá porque el concepto indica, mucho mejor que un periodo o una época, que se trata de un movimiento social y político de largo recorrido, conformado por distintos acontecimientos, buena parte de ellos vividos de manera simultánea en distintos lugares del mundo y que tiene su desarrollo según la sociedad en la que nos situemos. Relatar la historia del feminismo a partir de oleadas que se producen en determinados contextos históricos describe el feminismo a la perfección como el movimiento arrollador por la fuerza desatada en torno a la idea de igualdad. La metáfora también es adecuada para explicar las reacciones patriarcales que surgen ante cada progreso feminista. Cada vez que las mujeres avanzamos, una potente reacción patriarcal se afana en parar o en hacer retroceder esas conquistas” (Varela, 2019a).

El objetivo que aquí se plantea es, por lo tanto, esclarecer y dotar de riqueza al debate en torno a si el uso de la metáfora de las olas para referirse a la historia, evolución y desarrollo del movimiento feminista presenta una ventaja o un hándicap a la hora de referirnos al mismo. Para ello será necesario, en un primer lugar, hacer un repaso por la teoría de los movimientos sociales para determinar correctamente qué se entiende por ola o ciclo de protesta. Posteriormente, analizaremos su uso dentro del movimiento feminista y las desventajas que supone para el mismo, así como las posibilidades que esta clasificación nos brinda.

2. Las olas o ciclos de protesta. Una revisión a la teoría de los movimientos sociales

² Esta idea introducida por Kate Millett dio nombre a una revista que se llevaría por título “*The second wave: A Magazine of the New Feminism*”, marcando así que existían una serie de diferencias entre este “nuevo feminismo” y la primera ola (Reverter, 2010).

Como podemos comprobar con la propia historia del movimiento feminista, los movimientos sociales no permanecen estáticos e inmutables durante el tiempo. En la propia historia del movimiento feminista podemos comprobar como a lo largo de todo este tiempo se han sucedido diferentes reivindicaciones y demandas, diversas formas de movilizarse en aras de conseguir estos objetivos, incluso distinta intensidad (encontrándonos épocas con un mayor auge de la movilización que otras). Para explicar y clasificar todos los cambios que se producen en el seno de un movimiento social a lo largo de su vida, los teóricos de los movimientos sociales crearon el concepto de ola o ciclo de acción colectiva. Para Tarrow (1994, 2016, 342), el teórico más relevante en el estudio de los movimientos sociales de protesta, un ciclo de acción colectiva es:

“una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados, un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación, marcos nuevos o transformados para la acción colectiva, una combinación de participación organizada y no organizada y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades”.

Con esta definición Tarrow hace referencia a aquellas fases en la historia de un movimiento social en las que el mismo se manifiesta con una mayor intensidad, es decir, con una rápida y mayor movilización de todos los sectores (tanto los más movilizados como los menos), que cuentan con nuevas formas de protesta (como, por ejemplo, la irrupción de internet) o nuevos marcos o demandas (como los derechos sexuales o reproductivos en la segunda ola feminista, frente a los derechos políticos reclamados en la primera).

Della Porta y Diani (2006, 2011) entienden que, si bien no todos los ciclos de protesta comparten las mismas características, sí que comparten unas características comunes. Para estas autoras, las ideas de ola, ciclo y campaña permiten describir y explicar aquellos periodos de protesta que se expresan con mayor intensidad. De forma similar a lo que ocurre en la cultura y en la economía, donde podemos observar dinámicas de flujo y reflujo, se desarrolla la acción colectiva. Son múltiples los factores que pueden explicar estos cambios de un ciclo a otro, desde poner en entredicho la vulnerabilidad de las autoridades, hasta el surgimiento de contra-movilizaciones, pasando por la reducción del coste de movilizarse a otros autores por parte del primer movimiento.

Estas autoras nos recuerdan que cuando hablamos de olas no hablamos de un concepto homogéneo y rígido, ya que estas fases de la movilización se componen de campañas interrelacionadas entre sí, es decir, de una serie de acciones interacciones que comparten intereses temáticos y están orientadas a una meta común. Un ejemplo de esto serían las distintas protestas a favor de la despenalización del aborto que se dan en el seno del movimiento feminista. Estos patrones, formados por fases que podríamos denominar “entusiastas” y “de hundimiento”, traen consigo cambios importantes en los repertorios³ de la movilización. Aquellas tácticas más innovadoras o rompedoras se suelen dar en las primeras fases de la protesta por la necesidad de llevar a cabo acciones más radicales y, conforme avanza el ciclo de protesta, se producen dos procesos: uno de radicalización y otro de institucionalización⁴.

Es decir, los movimientos sociales atraviesan periodos de latencia que, lejos de estar caracterizados por la pasividad o la inacción, “sus redes sumergidas se comportan como auténticos ‘laboratorios culturales’ en los que se va fraguando la redefinición de la realidad que inspirará las nuevas luchas colectivas” (Melucci, 1994).

Si no encontramos mayores referencias a las olas o ciclos de protesta no es porque no sean unos procesos importantes en los movimientos sociales, sino porque las investigaciones se han centrado más sobre el plano individual, movimientos u organizaciones que sobre el estudio de las grandes olas (Tarrow, 1994, 2012: 343); no siendo así para el caso del movimiento feminista, puesto que continuamente estamos estudiando y redefiniendo las olas. A pesar de esto, el número de estudios que tratan de explicar o entender mejor los ciclos de protesta están aumentando con el paso del tiempo.

Algunos de estos estudios se han centrado en determinar de dónde proceden y cómo se dan los cambios dentro de un mismo movimiento para poder hablar de ciclos de protesta, pudiendo identificar hasta tres grupos de estudiosos en este campo. En primer lugar, nos encontramos con los teóricos de la cultura (Brand, Rochon, Swidler), que establecen que, los cambios de esta son fuente de cambio político y social; por su parte, los historiadores políticos y económicos (Hirschman, Schlesinger) relacionan los cambios de un movimiento social con los ciclos de cambio político o económico; finalmente, los teóricos sociales (Elías, Tilly) consideran los cambios en los ciclos de acción colectiva como resultado de los cambios que se producen dentro del Estado y el capitalismo (Tarrow, 1994, 2012, 343).

La mayoría de los estudios realizados en este campo parten del enfoque del proceso político, así, los cambios que generan las olas en las grandes protestas no vienen tanto de factores económicos, como se ha demostrado, sino de factores endógenos o internos de los propios movimientos sociales, como, por ejemplo, cambios demográficos o generacionales. Siguiendo esta teoría, Goldstone establece que, a pesar de que las olas en la

³ Tilly (1986) entiende por repertorio de acción colectiva “el conjunto de medios que tiene un grupo para plantear reivindicaciones diferentes a individuos diferentes” (Della Porta & Diani, 2015, 218), concretamente, para este autor el repertorio implica lo que la gente hace cuando interviene en un conflicto, lo que saben hacer, y lo que otros esperan que hagan (Tarrow, 1994, 2019, 84).

⁴ Hay que tener en cuenta que Tarrow (1994, 2012) relaciona los procesos de radicalización e institucionalización con la difusión de la acción colectiva. Si bien, a priori, ambos procesos son opuestos, en aquellas organizaciones más descentralizadas e inmaduras pueden darse de forma simultánea.

acción colectiva puedan incluirse en ciclos o cambios más amplios producidos internacionalmente, responden a factores propios (Gunder Frank y Fuentes, 1995). Volviendo al caso que nos ocupa, podemos ver estas teorías reflejadas en la historia del propio movimiento feminista.

El feminismo, como ya hemos contemplado en el extracto de Nuria Varela, se caracteriza por ser un movimiento global, si bien, presenta unas particularidades propias en cada contexto, ya no sólo en el ámbito nacional, sino también regional. Así, podemos afirmar que los ciclos propios de cada contexto se ven inmersos en unos ciclos más amplios. Ahora bien, ¿por qué se producen estos cambios dentro del propio movimiento feminista? Podemos determinar, en primer lugar, una serie de factores comunes –contexto neoliberal, aumento de los feminicidios, mayor visibilidad pública, e, incluso, algunos autores hablan de un efecto contagio–; pero, además, podemos determinar factores propios del contexto español como, por ejemplo, el cambio generacional (en este sentido destacan los trabajos de María Martínez, 2007, que explica la tercera ola en España en clave generacional; o el de Carmen Galdon, 2018, en relación con la cuarta ola).

3. La metáfora de las olas en el seno del Movimiento Feminista

“Como todo movimiento social, el movimiento feminista tiene sus propios procesos de acumulación de fuerzas y momentos de reflexión” (Montero, 2018). Desde las palabras pronunciadas por Weinman (1968) y Milett (1971) el movimiento feminista comenzó a clasificarse en una serie de olas llegando hoy en día a encontrarnos, de acuerdo con una gran parte de la academia, en la cuarta ola del feminismo. La idea de dividir al movimiento feminista en olas no está exenta de críticas. Las principales detractoras del uso de esta metáfora consideran que es un concepto artificial y monolítico, que esconde la riqueza real que subyace al feminismo. Que esta clasificación en olas se considere una creación artificial (Evans, 2015) nos lleva a una discusión alrededor de los comienzos del movimiento feminista. Para autoras como Amelia Valcárcel “el feminismo es un hijo no querido de la Ilustración” (Varela, 2019b), pero los inicios del feminismo también los podemos encontrar en el sufragismo e incluso, hay autoras que defienden que el sufragismo no es un movimiento exclusivamente feminista pues si bien “todas las feministas son sufragistas, no todas las sufragistas son feministas” (Nicholson, 2010).

Si tenemos en cuenta una concepción del feminismo como movimiento social, es decir, como la “manifestación colectiva que ha pretendido superar realidades de discriminación y de desigualdad social, política y cultural de género” (Nash, 1994); cabe situar la primera ola en el sufragismo pues, si bien podemos encontrar pensadoras feministas en la época de la ilustración como Poullain de Barre, Olympe de Gouges y Mary Wollstonecraft, con su famoso texto *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), esta etapa carece de un carácter público y colectivo ya que las ilustradas comenzaron escribiendo sus pensamientos y preocupaciones en cuadernos de quejas.

Por otro lado, Nicholson (2010), como ya hemos mencionado, defiende que no todas las sufragistas eran feministas, y que incluso ellas mismas no se denominan feministas. No negamos esta idea, pero, si seguimos la definición proporcionada por Mary Nash (1994), en la que el feminismo es una manifestación colectiva que pretende superar las desigualdades políticas, entre otras; el sufragismo se consideraría como el comienzo del movimiento feminista pues nos encontramos por primera vez con un conjunto de mujeres unidas –carácter colectivo– que luchan por conseguir los derechos políticos y la ciudadanía para las mujeres. Esta idea no excluye el que no pueda haber feminismo en otros momentos históricos o en otro sentido ya que, además de un movimiento social –o un movimiento organizado de mujeres– el feminismo es también una teoría crítica de la sociedad. Ahora bien, para hablar de feminismo como agente de cambio social, es necesario aunar la teoría y la práctica (excluyendo de este modo la producción teórica aislada o la creación de grupos particulares de mujeres que no universalizan sus demandas) (De Miguel, 2007); de ahí que consideremos el sufragismo como la primera ola feminista. Partiendo de esta base, vamos a hacer un breve repaso por la historia del mismo desde sus inicios hasta la actualidad.

3.1. La primera ola feminista

La que se considera la primera ola del movimiento feminista abarcó el s. XIX y principios del s. XX, caracterizada por el auge del movimiento sufragista y la defensa del reconocimiento del derecho de ciudadanía a las mujeres. Este movimiento supone la primera acción colectiva organizada en defensa de los derechos de las mujeres. En 1848 se creó *La Declaración de Sentimientos de Seneca Falls*, documento que nació de la primera Convención sobre los Derechos de la mujer, en el cual se establecen soluciones para mejorar la situación de opresión y dependencia que vivían las mujeres de la época.

3.2. La segunda ola

A finales de los años 60 del último siglo surge en Estados Unidos y en Europa, tras haber conseguido el voto femenino en casi todos los países occidentales, el “Nuevo Feminismo”, asentado en el marco de los movimientos sociales que surgieron durante esa época en los países desarrollados (Gamba, 2008). Derivado

de las diferencias en el desarrollo del movimiento feminista europeo y estadounidense, ligado, en el primer caso a los movimientos contraculturales y en el segundo a los movimientos por los derechos civiles; surge una amplia serie de manifestaciones teóricas y prácticas. Las principales corrientes que surgieron en los años 60 y 70 fueron el feminismo liberal, el feminismo radical y el feminismo socialista; que surgieron como respuesta a diferentes objetivos, elementos de análisis, y diagnóstico sobre las causas de opresión de las mujeres. A partir de estas corrientes se fueron originando diversos debates dualistas alrededor de la universalidad/diversidad, igualdad/diferencia, etc. (Muñoz Saavedra, 2019).

Las principales reivindicaciones de esta época se centraron en la lucha por la igualdad plena, la sexualidad libre, la denuncia de la invisibilidad del trabajo doméstico y de los estereotipos sexistas (Muñoz Saavedra, 2019). El nuevo feminismo plantea también la necesidad de buscar una nueva identidad para las mujeres y redefinir lo personal como necesario para el cambio político, siguiendo la idea de que “lo personal es político” y, sin desprestigiar los avances conseguidos por las feministas de la primera ola, consideraban que no era suficiente para transformar el rol de las mujeres en la sociedad (Gamba, 2008). Durante esta segunda ola comenzó a hablarse asimismo de la femineidad alrededor del mundo, idea que dio paso a la siguiente etapa (Biswas, 2004).

3.3. La tercera ola del feminismo⁵

A mediados de los años 80 del s. XX el potencial movilizador del movimiento feminista a lo largo de la mayoría de los países occidentales se vio mermado por la falta de paradigmas alternativos tras la caída del muro de Berlín en una sociedad global, lo que llevó a una desmovilización del movimiento feminista, especialmente en el hemisferio norte (Gamba, 2008), intensificándose de nuevo durante los años 90 y dando lugar a la llamada tercera ola.

La situación global que se estaba viviendo puso de manifiesto que cada comunidad o contexto tiene unos rasgos específicos, así, el reconocimiento de las multiplicidades y la heterogeneidad dio paso a una crisis y discusiones en el seno del movimiento (Gamba, 2008)⁶. El origen de estas nuevas reivindicaciones se encuentra en el verano de 1992 en Estados Unidos, si bien con anterioridad las mujeres latinoamericanas ya estaban comenzando a gestionar un movimiento que tuviera en cuenta sus características particulares. Lo característico de esta tercera ola es que se pretende romper con el statu quo femenino extendiendo la idea de que el feminismo no es un movimiento homogéneo y no existe una sola idea de mujer (Biswas, 2004).

Ante la idea de la naturaleza buena de la mujer de épocas anteriores, a partir de los ochenta se hizo hincapié en “la diversidad entre las mujeres, expresada según la clase, raza, etnia, cultura, preferencia sexual, etc.” (Gamba, 2008). Así, se defiende la idea de que las mujeres no se ven atravesadas por un único tipo de desigualdad, sino que se da una intersección entre diversas condiciones (clase, raza, género, etc.), y se comienza a hablar de «interseccionalidad». Otro de los debates de esta época surge en torno al tema del medioambiente, que se polemiza con el auge del ecofeminismo, corriente que defiende la relación mujer-naturaleza y por ende, su mayor responsabilidad para cuidar y salvar el planeta (Gamba, 2008).

3.4. ¿Cuarta ola?

Estos últimos años se viene teorizando sobre la existencia o no de una cuarta ola del movimiento feminista. Algunas autoras defienden que podemos hablar de cuarta ola desde principios de los años 2000, otras lo sitúan en 2008, mientras que las teorías más extendidas la sitúan en 2017 con el movimiento #MeToo o el 8 de marzo de 2018 tomando como referente el caso español.

El feminismo de estos últimos años se ha caracterizado, en primer lugar, por dar un nuevo significado a las demandas tradicionales, pasando de considerarse problemas personales a problemas públicos, que adquirieron legitimidad, masividad y transversalidad; además de por “la heterogeneidad de los feminismos, la sororidad, la clara identificación y difusión del sistema patriarcal como el adversario a impugnar, la cuestión de los cuidados y la doble jornada laboral de las mujeres” (Natalucci y Rey, 2018). Desde el punto de vista organizativo, destaca por el uso de formas de reivindicación más atractivas como la presencia de batucadas o *performances* en las manifestaciones, la importancia de internet y las redes sociales, y el uso de prácticas horizontales y asamblearias mediante la creación de distintos nodos en los diversos territorios con conexiones entre los mismos como si de una red se tratara:

“Lo más atractivo del feminismo es que nace sin líderes, no hay una jerarquía, y se aceptan las críticas de las compañeras y se asumen. Cuando desde el feminismo africano o latinoamericano nos hacen ver a las europeas que hemos acaparado el movimiento poniendo en el centro nuestros problemas de mujeres blancas, comienza un reajuste para ser más plurales, más inclusivas y también más ambiciosas en nuestros sueños” (Ibarlucea, 2019).

⁵ El concepto de tercera ola feminista fue acuñado por primera vez por Rebecca Walker, activista política, escritora y editora estadounidense.

⁶ En esta etapa el feminismo comenzó a absorber elementos de las teorías sociales generales del momento como las postestructuralistas, postmodernas, etc. En un momento en el que ya existía una crisis por la multiplicidad de paradigmas (Gomáriz, 1992).

4. La metáfora de las «olas», ¿útil para el feminismo?

La historia del feminismo es dinámica y conflictiva, caracterizada por una dinámica contradictoria y una continua reinterpretación de sus marcos teóricos (Sales Gelabert, 2017), como hemos podido observar. En este proceso continuo de deconstrucción y reconstrucción, Nicholson (2010) en su artículo publicado en *New Politics*, “*Feminism in waves: useful metaphor or not?*”, criticó el uso de la metáfora de las olas para caracterizar la historia del feminismo o del movimiento feminista, que venía aceptándose como válida desde finales de los años 60. Una de las primeras críticas que se hacen a esta idea es su carácter simplista y reduccionista, además de artificial, creado únicamente para referirse a la historia del movimiento feminista (Evans, 2015). Como ya hemos tenido ocasión de analizar, esta afirmación está lejos de la verdad pues la idea de ola o ciclo de protesta es un concepto que se rescata de la teoría general de los movimientos sociales. Así, partiendo de su uso generalizado, vamos a analizar las principales críticas y ventajas que nos proporciona este recurso.

La primera de las reacciones se basa en la idea de que la clasificación en olas crea divisiones artificiales que las propias feministas del momento no aceptarían (Evans, 2015). Para muchas autoras esta clasificación encuentra sus errores desde sus inicios, ya que apuntan el inicio del movimiento feminista en una época en la que, si bien ya se estaba comenzando a luchar por ciertos derechos para las mujeres como el derecho al voto, esto no implicaba que realmente las mujeres del siglo XIX se preocupasen realmente por los derechos e igualdad de la mujer más allá de su reivindicación principal, la ciudadanía femenina. La que se ha considerado como la primera ola del feminismo, el sufragismo, no fue un movimiento exclusivamente feminista pues, si bien “todas las feministas son sufragistas, no todas las sufragistas son feministas” (Nicholson, 2010).

Esto nos pone de relieve, asimismo, la complejidad del movimiento feminista que no se manifiesta de una sola forma ni en un solo ámbito. La metáfora de las olas presenta al movimiento feminista como un movimiento homogéneo, lejos de ser esto una realidad (Nicholson, 2010). La clasificación en olas no lleva implícita la idea de homogeneidad, siempre y cuando no se tenga la voluntad de tratarla de esa forma. Dentro de cada ola han surgido diversas corrientes que, si bien en muchas ocasiones una de ellas puede tener más importancia o visibilidad que el resto, la heterogeneidad no queda camuflada llegando incluso a crearse otro debate en el que no vamos a entrar, ¿podemos hablar de feminismo o de feminismos?⁷. No hay que confundir o relacionar la idea de ola con la de homogeneidad, puesto que esta clasificación no indica uniformidad, no invisibiliza las distintas corrientes surgidas en cada época, pero las aúna bajo una serie de elementos comunes.

La tercera de estas críticas se basa en la idea de que la clasificación en olas da a entender que una vez se da comienzo a una ola es porque las reivindicaciones y demandas de la etapa anterior ya están superadas y conseguidas, de ahí que se introduzcan demandas nuevas. No siendo esto así, puesto que muchas de las demandas “ni han sido aceptadas socialmente ni han sido superadas” (Sales Gelabert, 2017, 180). Si entendemos las olas desde una perspectiva cronológica⁸ por la cual una ola se nutre de la anterior (Evans, 2015), la segunda ola sería un desarrollo de la primera y así sucesivamente. Es decir, la metáfora de la ola nos muestra tanto los momentos de discontinuidad como los de continuidad, nos enseña cómo las olas son diferentes unas de otras, pero a la vez similares (Bailey, 1997):

“En efecto, si comparamos las distintas oleadas feministas, lo que tienen en común sus demandas es que se basan en la constatación de que el sexo biológico se convierte en género social y que la articulación de este género social de hombres y mujeres produce una jerarquía de los primeros sobre las segundas y una evidente desigualdad social. Al género femenino se le asigna un status inferior que se traduce luego en la discriminación. Las sociedades y su organización social, económica y cultural han cambiado históricamente. Sin embargo, en cada caso se ha mantenido esta jerarquía entre los géneros y esta discriminación. Por eso el feminismo reaparece a través del tiempo” (Astelarra, 2000).

Si entendemos las olas desde un enfoque opositor, por el cual una ola se define en contraposición con la anterior –y no tanto como una continuidad (Evans, 2015), esta crítica podría considerarse como certera. Pero, aun así, diversos estudios (Buechler, 1986; Blocker, 1989) demostraron que, cuando nos encontramos ante un nuevo ciclo de acción colectiva, los contactos informales creados en la última ola pueden volver a reactivarse (Tarrow, 1994, 2012, 235). Y así ha sido en el caso del movimiento feminista, donde encontramos continuidad entre sus distintas etapas y vemos cómo cada una de ellas se nutre de las anteriores.

La metáfora de las olas también ha sido cuestionada por partir de una imprecisión y un oscurecimiento de la realidad, ya que da a entender que momentos de máxima reivindicación feminista son seguidos por momentos de desaparición del movimiento (Nicholson, 2010; Sales Gelabert, 2017). Si bien es cierto que la idea sirve para ilustrar cómo los movimientos sociales surgen con mayor fuerza en un determinado momento, y se mantienen con una menor presencia en otros, no implica su desaparición. Los movimientos sociales y, en

⁷ Nuria Varela (2019b), en este sentido, defiende que “a estas alturas de la historia lo que parece incorrecto es hablar de feminismo y no de feminismos, en plural, no para señalar diferencias, todo lo contrario, para hacer hincapié en las diferentes corrientes que surgen en todo el mundo y han hecho del feminismo actual un movimiento global”.

⁸ Para profundizar más sobre las distintas formas en las que se puede llevar a cabo el estudio de las olas, ver Evans, E. (2015). What Makes a (Third) Wave? How and why third-wave narrative Works for contemporary feminist. *International Feminist Journal of Politics*, 18 (3), 409-428.

concreto el movimiento feminista, presentan periodos de máxima expresión y periodos de latencia, pudiendo hablar también de «política subterránea».

Con este concepto se hace referencia a aquellos momentos en los que los movimientos sociales dejan de ser tan visibles, pero sin llegar a desaparecer. En estos periodos de “invisibilidad” las redes interpersonales que forjan los movimientos sociales siguen creciendo, desarrollándose y aprovechando la siguiente oportunidad para emerger de forma impredecible (Kaldor & Selchow, 2015). Es decir, entre un periodo y otro de presencia activa feminista, ha existido una red de mujeres y organizaciones que siguen actuando (Astelarra, 2000). Durante estos periodos de latencia, además de conformar las redes del movimiento, es cuando se construyen los nuevos códigos culturales del movimiento. Por ello, para un completo entendimiento de un movimiento social no podemos mirar únicamente a la punta del *iceberg*, sino que también es necesario prestar atención a la fase latente, rastreando las redes tanto formales como informales (De la Garza, 2011). Nicholson (2010), si bien lo hace desde un punto de vista crítico, plasma muy bien esta idea en relación con el movimiento feminista.

Para esta autora, centrarse únicamente en los periodos de mayor presencia del movimiento feminista oscurece parte de la realidad puesto que, por ejemplo, desde la conquista del voto femenino hasta los años 60 se dieron verdaderos cambios en los roles de género en la sociedad estadounidense. Durante los años 20 y 30 del siglo pasado ya se estaban produciendo cambios en la sociedad, las mujeres consiguieron cambios en las relaciones de género mediante acciones como cortarse el pelo, adoptar nuevas normas sobre su sexualidad o el desarrollo de nuevas formas de entender las relaciones en el trabajo asalariado (sobre todo en relación con la lucha por la igualdad salarial). Y todos estos cambios ocurrieron antes de que el activismo feminista se hiciera visible en los años 60 (Nicholson, 2010). Todos estos cambios no quedan en el olvido a pesar de que no se enmarquen dentro de ninguna de las olas pues sirven para entender cómo se fue forjando la identidad colectiva que permitió hablar de una segunda ola.

Yasmin Ergas puso claramente de manifiesto cómo poner el foco de atención únicamente en los momentos de grandes movilizaciones y de gran visibilidad, nos ofrece una imagen incompleta de lo que supone el movimiento feminista:

“Si bien la era de los gestos grandilocuentes y las manifestaciones masivas que tanto habían llamado la atención de los medios de comunicación parecían tocar a su fin, a menudo dejaban detrás de sí nuevas formas de organización política femenina, una mayor visibilidad de las mujeres y de sus problemas en la esfera pública y animados debates entre las propias feministas, así como entre estas e interlocutores externos. En otras palabras, las mujeres, al menos aparente, del feminismo como movimiento social organizado no implicaba ni la desaparición de las feministas como agentes políticos, ni la del feminismo como un conjunto de prácticas discursivas contestadas, pero siempre en desarrollo” (De Miguel, 2015, 2020; Ergas, 1993).

Una de las principales críticas que ha recibido el feminismo es su carácter etnocéntrico arrastrando unos sesgos raciales y étnicos además de clase. El feminismo, durante muchos años, perdió su distancia crítica y la perspectiva de la mujer occidental de clase media fue la predominante (Epstein, 2001). Este sesgo que reviste al feminismo se ha visto reflejado no sólo en sus principales demandas y formas de organización, sino también en la organización temporal de las olas. Autoras como Sirin Adlbi defienden que dentro del feminismo existe una colonización cultural:

“porque el feminismo hegemónico ha estado imponiendo una serie de discursos, ha ido dirigido hacia un sujeto determinado, que son las mujeres blancas, occidentales, burguesas... como ya dijo Chandra Talpade Mohanty, este tipo de feminismo ha excluido a todas esas mujeres del llamado tercer mundo, por lo que parte de una exclusión, es decir, pide la igualdad de los hombres y las mujeres occidentales y nunca ha incluido a las mujeres de otras culturas o civilizaciones” (Medina, 2017).

Así, la clasificación en olas está centrada en un tipo concreto de mujer y en un contexto determinado, ya que ni siquiera es válida para todos los países occidentales. Por ejemplo, en el caso español el feminismo tuvo un desarrollo más tardío que en Gran Bretaña o Estados Unidos⁹. El s. XIX en España se vio marcado por expresiones literarias y la lucha de mujeres aisladas (Puleo, 1996), es decir, que en un momento en el que en Estados Unidos ya se había firmado la Declaración de Séneca Falls (1848) y se había presentado la primera demanda de voto femenino en el parlamento británico (1866); España se encontraba en una fase previa marcada por figuras individuales. A pesar de esto, algunas autoras han optado no por considerar la clasificación en olas como inválida, sino presentarla desde un punto de vista conceptual (Evans, 2015) y no tanto temporal. Es decir, cada una de estas olas viene relacionada con un concepto o unas ideas específicas. Así, la primera ola se relaciona con el sufragismo y el derecho al voto, la segunda con los derechos sexuales, la tercera con la interseccionalidad,

⁹ Algunas de las razones que se han atribuido a este retraso en el desarrollo del feminismo en España han sido de índole económico, como la escasa expansión industrial en la época y el poco crecimiento de las clases medias. Además, se han determinado otras de carácter político (falta de tradición de liberalismo político y democracia parlamentaria) y culturales como una alta tasa de analfabetismo femenino y una todavía fuerte influencia de la Iglesia Católica (Puleo, 1996).

y la cuarta con la violencia de género. En base a esto, cada país, territorio o cultura vive su propio desarrollo enmarcado dentro de las cuatro olas generales.

Para resumir esta discusión mencionar, en primer lugar, que todas estas críticas al uso de la metáfora de las olas para definir los distintos momentos que ha vivido el movimiento feminista no invalidan la capacidad descriptiva y analítica que esta idea nos brinda. Además, algunas de estas críticas no suponen sino un mal entendimiento de aquello que engloba la metáfora de las olas como un proceso de discontinuidad, pero también de continuidad. Finalmente, la metáfora de las olas puede tenerse en cuenta como un concepto general que no debe encubrir los disensos y conflictos dentro de la teoría feminista utilizándose, y siguiendo la teoría de Max Weber, como «tipos ideales».

5. Algunas alternativas

Ante los problemas que suscita hablar del movimiento feminista en olas, diversas autoras han propuesto algunas alternativas que resultan más precisas. Nicholson (2010), en el artículo ya analizado, propone hablar de la metáfora del «caleidoscopio» para hacer referencia a los cambios que se dan en el activismo a lo largo del tiempo. La vista a través de un caleidoscopio es compleja, mostrando, en cualquier momento en el que se use, diversos colores y geometrías. Si lo giramos, algunos de estos colores y formas se volverán más visibles, otros menos, e incluso emergerán otros nuevos. Y, además, cuanto más rápido se gira el visor, más rápidos e imprevisibles resultan los cambios (Tezanos, 2011), reflejando, así, las diversas facetas del activismo derivadas de su carácter espontáneo y abierto. Nicholson entiende que este es el prisma desde el que se debe analizar el activismo, sobre todo el activismo feminista, y no como una ola que aparece y desaparece.

Otra de las propuestas, ha sido hablar de procesos y no de olas. Como ya hemos visto, la idea de las olas implica que un movimiento social aparece y desaparece en el tiempo cuando ya se han conseguido los objetivos. Pero esto no es del todo así, pues, aunque la ola desaparezca, el mar siempre está ahí. Ante esta crítica, otra de las alternativas que ha surgido a la metáfora de las olas es hablar de «proceso» como forma de poner el acento en la continuidad, además de en las características, estrategias, discursos y prácticas que coexisten y se mantienen a lo largo del tiempo en la lucha feminista. De este modo, la idea de proceso, “nos permite reconocer la diversidad de formas de hacer política y activismo que han sido propuestas a partir y desde los distintos feminismos” (De Fina, 2019). De este modo, no sólo se refleja la continuidad y conexión del movimiento feminista, sino también la diversidad y la heterogeneidad que existe en el seno del mismo.

Diversas autoras, por su parte, han optado por hablar de «generación», teniendo en cuenta, en todo caso, que no se trata como un concepto biológico, sino “como un indicador de valores políticos sostenidos colectivamente”. Así, cuando se habla de generaciones y de la madre/hija, se hace en términos metafóricos, como un modo de hacer referencia a las relaciones existentes entre mujeres a lo largo del tiempo. Ya que, aunque no sean nuestras hijas, “todas tenemos un papel que jugar en el futuro de las adolescentes y las jóvenes” (Karlyn, 2005). A pesar de la utilidad que puede presentar el concepto generación, con las salvedades ya mencionadas, autoras como Amanda D. Lotz han señalado como más adecuada la idea de ola para evitar el aumento de “generaciones” además de la ambigüedad que deriva de la relación madre/hija, así como para poner el foco en el impacto acumulativo de las diversas fases de la historia del feminismo (Karlyn, 2005).

6. Conclusiones

Desde finales de los años 60 se ha venido asumiendo y aceptando que la historia del feminismo se divide en olas como forma de hacer referencia a las distintas etapas que lo han conformado cada una con características propias, pero todas con elementos comunes. Esta forma de entender la acción colectiva no es propia del feminismo pues, los teóricos clásicos de los movimientos sociales ya venían distinguiendo ciclos de acción colectiva dentro de los mismos. Ahora bien, si el movimiento feminista se usa como paradigma para explicar los ciclos de acción colectiva no es porque sea el único movimiento que se categoriza de esta forma, sino porque su duración a lo largo del tiempo y características propias hace que sirva como ejemplo más ilustrativo.

A pesar de esta aceptación general, han surgido diversas críticas a la metáfora de las olas en el seno del movimiento feminista por considerarse artificial y poco ilustrativa de la realidad. A lo largo del presente artículo hemos podido comprobar como la mayoría de estas críticas no vienen tanto de los fallos o carencias que pueda tener la idea de ola, sino de un mal entendimiento de la misma. Con la metáfora de las olas no hacemos referencia a que las distintas etapas del feminismo sean independientes entre sí y no guardan elementos comunes, sino todo lo contrario, hace referencia a su continuidad y conexión, pero marcando las particularidades propias de cada periodo.

Si queremos obtener un mapa completo de un movimiento social no podemos fijarnos únicamente en sus momentos de mayor movilización, sino que también hay que tener en cuenta y analizar los periodos de latencia, es decir, hay que fijarse en los tiempos continuos y discontinuos. La metáfora de las olas nos ayuda

a entender esta idea puesto que la desaparición de una ola no implica que lo haga el océano entero, sino que tiene menos fuerza. Pero incluso en estos momentos de menor presencia sigue existiendo. Siendo igualmente relevantes puesto que, en estos periodos de menor apoyo y actividad, es cuando se van forjando las redes e identidades que dan paso a la siguiente etapa de movilización.

No podemos olvidar que el sesgo etnocéntrico por el que tanto se ha criticado al movimiento feminista también se ve presente en esta clasificación ya que responde a un contexto y tiempo muy concreto. Ahora bien, si presentamos las olas desde un punto de vista conceptual cualquier región, cultura o concepto podría acogerse a esta clasificación puesto que no haríamos referencia tanto a un tiempo determinado sino a unas ideas y reivindicaciones específicas. En todo caso, en el estudio de las olas es importante tener en cuenta lo que las activistas contemporáneas piensan, no sólo la academia (Evans, 2015), por lo que sería de especial relevancia llevar a cabo un estudio de las olas no tanto desde el punto de vista teórico o académico, sino recogiendo la voz y testimonios de aquellas personas que han formado parte del proceso en cada contexto específico.

A pesar de todas estas reticencias al uso de la metáfora de las olas en el seno del movimiento feminista, esta idea es preferida frente a otras como el uso del término generación por la ambigüedad que el mismo supone. Y porque, además, nos ilustra no sólo los logros feministas, sino también las reacciones patriarcales que surgen contra ellos. A toda ola le sigue una resaca o una reacción (Miyares, 2018), las cuales son también necesarias analizar y detectar. A cada paso que damos las mujeres, a cada derecho conseguido, surge una respuesta patriarcal que intenta retroceder en derechos (Varela, 2019b) y estas respuestas son igualmente importantes porque forjan y preparan la nueva ola que vendrá después.

Referencias bibliográficas

- Astelarra, J. (2000). Autonomía y espacios de actuación conjunta. En E. Gomáriz y A. Meentzen, *Democracia de Género. Una propuesta para Mujeres y Hombres del s. XXI*. El Salvador, Costa Rica: Fundación Heinrich Böll y Fundación Género y Sociedad.
- Bailey, C. (1997). Making waves and drawing lines: the politics of defining the vicissitudes of feminism. *Hypathia: a journal of feminist philosophy*, 12(3), 17-28.
- Biswas, A. (2004). La tercera ola feminista: cuando la diversidad, las particularidades y las diferencias son lo que cuenta. *Casa del Tiempo*, 65-70.
- De Fina, D. (junio de 2019). Nuevos “campos de acción política” feminista: Una mirada a las recientes movilizaciones en Chile. *Revista Punto Género* (11), 51-72.
- De la Garza, R. (2011). Las teorías de los movimientos sociales y el enfoque multidimensional. *Estudios Políticos*, 22, 107-138.
- De Miguel, A. (2007). El movimiento feminista y la construcción de marcos de interpretación. Praxis cognitiva y redes de acción colectiva. En E. Bosch, V. A. Ferrer y C. Navarro (coord.), *Los feminismos como herramientas de cambio social (II): De la violencia contra las mujeres a la construcción del pensamiento feminista* (pp. 287-300). Universitat de les Illes Balears.
- De Miguel, A. (2015, 2020). *Neoliberalismo sexual*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Della Porta, D. y Diani, M. (2006, 2011). *Los movimientos sociales*. Madrid: Editorial Complutense.
- Epstein, B. (2001). What Happened to the Women’s Movement? *Monthly Review*, 53(01). Recuperado de <https://monthlyreview.org/2001/05/01/what-happened-to-the-womens-movement/>
- Evans, E. (2015). What makes a (third) wave? How and why the third wave narrative works for contemporary feminist. *International Feminist Journal of Politics*, 18(3), 409-428.
- Galdón Corbella, C. (2018). Cosmovisiones feministas en clave generacional. Del movimiento 15M a la Huelga Feminista del 8M. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 16, 1-26.
- Gamba, S. (2008). Feminismo: historia y corrientes. En *Diccionario de estudios de Género y Feminismos*. Editorial Biblos. Recuperado el 10 de marzo de 2020 de <http://www.mujiresenred.net/spip.php?article1397>
- Gomáriz, E. (1992). Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas: periodización y perspectivas. *AAVV, Fin de Siglo-Género y cambio civilizatorio* (17).
- Gunder Frank, A. y Fuentes, M. (mayo-agosto 2010). El estudio de los ciclos en los movimientos sociales. *Sociología*, 10(28), 37-60.
- Ibarlucea, C. (17 de enero de 2019). Ser mujer y hacer política. *La Réplica*. Recuperado en enero de 2020 de <https://lareplica.es/ser-mujer-y-hacer-politica/>
- Kaldor, K. & Selchow, S. (2015). Introduction. In search of Europe’s future: Subterranean politics and the other crisis in Europe. En M. Kaldor, S. Selchow, T. Murray-Leach & P. MacMillan (Eds.), *Subterranean Politics in Europe* (págs. 1-30).
- Karlyn, K.R. (2005). *Scream*, la cultura popular y el feminismo de la tercera ola: “Yo no soy mi madre”. *Lectora: Revista de dones i textualitat* (11), 43-74.
- Martínez, M. (2007). Jóvenes y Feminismo: ¿hacia un feminismo de la “subversión”? *Inguruak. Revista vasca de sociología y ciencia política*, (47), 97-116.
- Medina, M.A. (1 de febrero de 2017). “El feminismo islámico es una redundancia, el islam es igualitario”. *El País*. Recuperado en enero de 2020 de https://elpais.com/elpais/2017/01/30/mujeres/1485795896_922432.html
- Melucci, A. (1994). ¿Qué hay de nuevo en los movimientos sociales? En E. Laraña y J. Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Miyares, A. (11 de marzo de 2018). La «cuarta ola del feminismo», su agenda. *Tribuna Feminista*. Recuperado el 30 de marzo de 2020 de <https://tribunafeminista.elplural.com/2018/03/la-cuarta-ola-del-feminismo-su-agenda/>
- Montero, J. (2018). La huelga feminista del 8M: Haciendo historia. *Economía Feminista: Visibilizar lo invisible* (29), 21-24.

- Muñoz Saavedra, J. (2019). Una nueva ola feminista... Más allá del #MeToo. Irrupción, legado y desafíos. En P. rivera-Vargas, J. Muñoz-Saavedra, R. Morales-Olivares & S. Butendieck-Hijerra (Eds.), *Políticas Públicas para la Equidad* (Vol II). Santiago de Chile: Colección Políticas Públicas, Universidad de Santiago de Chile.
- Nash, M. (1994). Experiencia y aprendizaje: La formación histórica de los feminismos en España. *Historia Social*, (20), 151-172.
- Natalucci, A. y Rey, J. (2018). ¿Una nueva oleada feminista? Agendas de género, repertorios de acción y colectivos de mujeres (Argentina, 2015-2018). *Revista de estudios políticos y estratégicos*, 6(2), 14-34.
- Nicholson, L. (2010). Feminism in "Waves": Useful Metaphor or not? *New Politics*, 12(4).
- Puleo, A.H. (1996). Feminismo. En J.M. Mardones (Dir.), *10 palabras clave sobre movimientos sociales*. Estella, España: Editorial Verbo Divino.
- Reverter Bañón, S. (junio de 2010). El feminismo: Más allá de un dilema ajeno. *Feminismo/s* (15), 15-32.
- Sales Gelabert, T. (2017). Crítica y teoría feminista; por una nueva agenda feminista. *Astrolabio. Revista internacional de filosofía*, 20, 179-191.
- Tarrow, S.G. (1994, 2012). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Tezanos, J.F. (6 de julio de 2011). ¿Un movimiento caleidoscópico? *Sistema Digital*. Recuperado el 30 de marzo de 2020 de <http://fundacionsistema.com/un-movimiento-caleidoscopico/>
- Varela, N. (2019a). *Feminismo 4.0. La cuarta ola*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Varela, N. (2019b). *Feminismo para principiantes*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Wieiman Lear, M. (10 de marzo de 1968). The second feminist wave. *New York Times*.

Carmen Garrido-Rodríguez:

Doctoranda en Ciencias Sociales en la Universidad de Salamanca, línea de investigación de análisis sociológico. Graduada en Derecho y Ciencia Política y Administración Pública (2018) por la Universidad de Salamanca. Máster en Ciencia Política (2019) en la Universidad de Salamanca y Máster en Igualdad y Género en el Ámbito Público y Privado (2020) en la Universidad Jaume I. Ha trabajado como investigadora colaboradora en el Observatorio para la Democracia Paritaria en Iberoamérica (ODPI) perteneciente al Instituto de Iberoamérica (USAL) en colaboración con Amuger. Sus líneas de investigación se centran en el activismo feminista, democracia paritaria, representación política de las mujeres y políticas públicas de género. Durante los últimos años ha presentado los avances de sus investigaciones en diversos Congresos Nacionales e Internacionales.